

¡Por san Jorge!

M. Á. Moleón Viana



ANAYA

1.ª edición: abril de 2011

© Del texto: Miguel Ángel Moleón Viana, 2011
© De la ilustración: Mónica Armiño, 2011
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2011
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño: Gerardo Domínguez

ISBN: 978-84-667-9489-3
Depósito legal: M-13.176-2011
Impreso en Anzos, S. L.
C/ La Zarzuela, 6
Polígono Industrial Cordel de la Carrera
28940, Fuenlabrada (Madrid)
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por
la Real Academia Española en la nueva *Ortografía
de la lengua española*, publicada en el año 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio,
sin la preceptiva autorización.*

¡Por san Jorge!

Miguel Ángel Moleón Viana

Ilustración:

Mónica Armiño

ANAYA

*Para mis compañeros de la Mesa Redonda,
los caballeros Jorge & Jorge Durán, dos en uno;
cada uno de ellos, créanme, vale por dos.*

Primera parte

—¡Ale hop! —exclamaba el rey Arturo en el estanque con el agua por la cintura. Alzaba la mano y saltaba una carpa escaflata bajo la higuera y se zambullía de nuevo—. Muy bien, pequeña... ¡Ale hop! —Y saltaba otra carpa.

Y así pasaba su majestad la tarde del domingo, veinticinco de septiembre, festividad de santa Fuencisla.

En Ávalon, el mes transcurría templado cual melancólica despedida del estío. Arturo aún podía dormir la siesta con largueza, arrullado por las cigarras, de igual modo que se embelesaba, por la noche, con los violines nostálgicos de los grillos.

Tras la siesta, Arturo gustaba de bajar al jardín, cubierta su heroica anatomía solo con las pobladas barbas blancas. Se acercaba a su estanque preferido, en la cara sur del Palacio del Dulce Reposo. Se sumergía en su agua tibia y contemplaba caer, acaso, las primeras hojas secas, preludio del otoño cercano. Arturo daba una palmada y, de inmediato, un paje aparecía con zumo de naranja. O alzaba la mano, lo que el reuma le permitía, y desenroscaba los dulces frutos de su higuera preferida. Así degustaba las tardes del verano, la mayoría de las veces en gozosa soledad, acaso acompañado tan solo por la lectura de un magnífico libro: la famosísima versión de *La Bella Durmiente* del poeta Ludovico Claratesta.

Y, aunque toda la mañana del domingo veinticinco había escuchado cómo alguien aporreaba las puertas del palacio, se había prometido no abrir ni a las chinches. Pues de los visitantes inoportunos se sabe cómo llegan, pero jamás qué

inquietudes vienen a sembrarnos en el corazón y, sobre todo, de qué endiablado modo se les puede echar por donde han venido. Arturo había decidido no mover ni un dedo por abrir la puerta a nadie. Y si alguien voceaba desde el otro lado de las murallas, él, distraído, miraba los vilanos que flotaban en el viento, o contaba las gárgolas de las cornisas.

Serían las cuatro y media de la tarde cuando apareció el mago Merlín, con una toalla alrededor de la cintura que dejaba a la vista sus piernas enclenques cual tronco de almendro alfeñique.

—Las mismas piernas que tenemos todos... —murmuró el rey aguantándose la risa—. ¿Este mes te toca baño?

—Muy gracioso, majestad... —dijo Merlín colándose en el estanque—. Uy, qué rica está el agua.

—¿Qué has andado haciendo esta mañana, viejo cuervo, que no has parado de revolver en tu torre? ¿Se te ha extraviado algo?

—¿Buscar yo? ¿Cómo? ¿Qué? ¡Nada, nada! ¡Solo ordenaba mis libros! ¡No se me ha perdido nada! ¿Por qué se me iba a perder algo? —respondió Merlín visiblemente molesto.

—Vale, vale, mago entre los magos... Ya que desayunas rabillos de pasas, es evidente que a ti nada se te olvida, nada se te pierde... —repuso Arturo y continuó leyendo *La bella durmiente* y echando, de tanto en tanto, una ojeada al cielo—. Una, dos, tres, y cuatro... —iba el rey contando las gárgolas de la torre a cuyo pie se hallaba el estanque—, cuatro gárgolas...

—Arturo... Me ha parecido que alguien llamaba a la puerta... —comentó Merlín.

—Yo no oigo nada, serán figuraciones tuyas. Anda, relájate y deja el mundo pasar... Una, dos, tres... ¿Tres gárgolas?

Caramba... ¿No había cuatro hace un momento? Una, dos y... tres. Tres. Pero bueno... ¿Y esto cómo es?

En efecto, al fondo del jardín, se oía que alguien daba de aldabonazos sobre una de las puertas de la fortaleza. El mago se preguntaba quién pudiera ser el incógnito impertinente.

Al poco apareció el bufón real, el afamado trovador Dindondel, más famoso si cabe desde que compusiera *El último y novedoso romance de las nuevas aventuras del rey Arturo que cabalgó de nuevo*.

—Alteza, llaman a la puerta... Si así le place, miro a ver quién pueda ser el invitado sorpresivo...

Arturo dio un respingo en el agua. Las carpas se perdieron volando.

—¿Invitado? ¿Quién ha dicho invitado? ¡Tonto de capirote! ¡No haya en este palacio más invitado que el rey y sus ganas de dormir la siesta, leer mucho, rascarse las santas narices y san-seacabó! ¡Como se te ocurra acercarte al portón de marras darás cuarenta vueltas al recinto!

Entonces apareció diligente la reina Ginebra, llegó al estanque donde chapoteaban el rey y Merlín, y siguió hacia el portón aporreado.

—Estamos a gustitito ¿eh carcamales? Y sordos como tapias. ¿Hace falta que echen abajo el portón para que abráis de una vez? —espetó la reina.

—Espera, amor mío. ¡No abras! ¡Que es domingo! ¡Y la hora de la siesta! ¿Quién puede tener tan poca educación? —protestaba Arturo—. ¡Di que no estoy!

Arturo se mantuvo a la expectativa. Señaló con una hoja de higuera la página por donde iba de su *Bella Durmiente*. Se caló la corona para aguardar el contratiempo que se le venía encima. Y no habían pasado ni dos minutos cuando, desde el

fondo del jardín, oyó que regresaba la reina, acompañada por la voz de un desconocido. Alguien a quien Arturo escuchó pronunciar palabras ciertamente inquietantes: «albañil», «reformas», «andamios», y «... si hay que sanear, se sana».

—¿Es que están sordos ustedes, o qué? —preguntó amablemente Rigoberto Panoplia, el maestro de obras de Ricomonte—. Qué majestad, ¿limpiándonos el cerumen de las orejas? ¿Es que no había nadie esta mañana en el palacio? Me he pasado una hora aporreando el portón. Por cierto, creo que está a punto de caerse, si no lo remedia un buen carpintero... Uno como mi primo, Cloromiro Garlopa...

—¿Cómo es posible, Arturo, que no oyeras nada esta mañana...? —preguntó Ginebra—. Si te la has pasado enterita dentro del estanque.

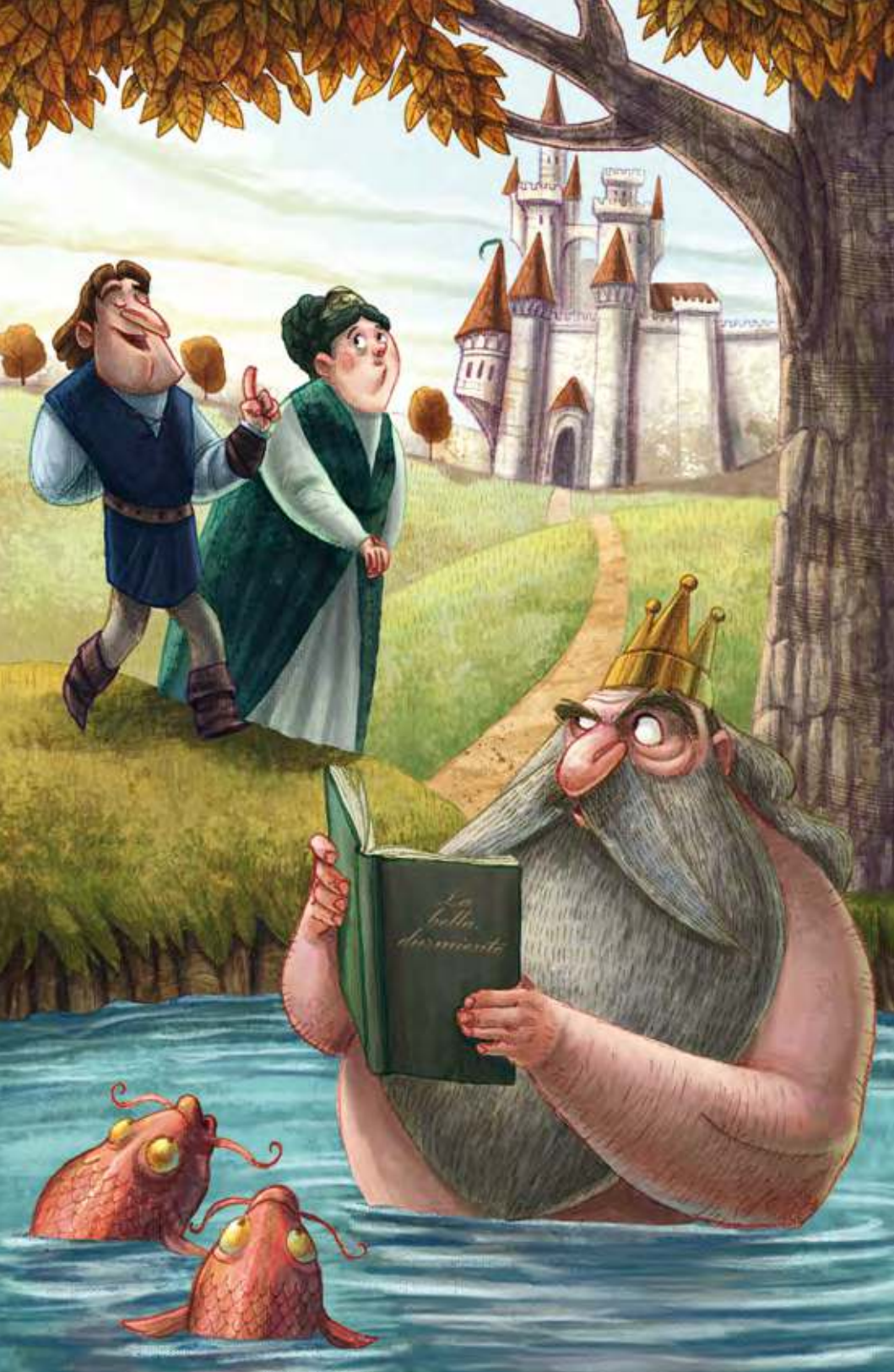
El rey, disimulando, silbó distraído.

—Es igual —zanjó Ginebra el tema—, acompáñeme maestro, si es tan amable. Le mostraré las reformas que necesita el palacio... Como tenga yo que esperar a que la rana esta se ocupe del asunto —añadió la reina señalando a su marido—, voy aviada...

Arturo se quedó pasmado contemplando a Ginebra y Rigoberto Panoplia, mientras se marchaban escaleras arriba. Aún en la distancia, escuchaba las terribles palabras del maestro de obras: «escombros», «tirar abajo» y «... necesitaremos unos cuantos peones». Merlín, aguantándose la risa, salió del estanque. Tras secarse, se retiró a su torre. Al poco, se le podía ver de nuevo muy atareado, como si buscara algo.

Una carpa torpe saltó entonces y cayó sobre la cabeza del rey, con sus aletas goteando ante las reales narices. Arturo exclamó:

—¡Ale hop, carpita! ¡Ale hop!



Fue entonces cuando algo muy pesado fue a caer a un palmo del trasero. Casi toda el agua le salpicó sobre la cabeza. Sorprendido y contrariado, Arturo salió del estanque.

—¿Tan pronto han empezado los entuertos de los albañiles? —se dijo encajándose la corona abollada.

Cuando miró hacia el agua, ahora turbia, descubrió entre los nenúfares chafados una enorme gárgola de piedra que, tras desprenderse de la cornisa, había estado a punto de romperle el cráneo.

—Gracias, cielo santo... Ginebra va a tener razón, al palacio no le vendría mal un poco de mantenimiento.

Rabiando más que un descosido, Arturo se retiró a sus aposentos. Iba también haciendo cálculos con el número de gárgolas que había en la cornisa. Y no le salían las cuentas.

—Ahora hay dos, porque se ha caído una. Antes tres. Pero al principio conté cuatro. Pero bueno... ¿y esto cómo es? ¿Adónde ha ido la que falta?

El resto de la tarde, la pasó Arturo con un humor de perros. Se mantuvo distante de Ginebra y esta anduvo a lo suyo, paseando diligente su regordeta figura, muy emocionada, en compañía del refinado maestro de obras. Dindondel, el bufón, los seguía para apuntar con una pluma de pavo real, cuanto la reina observaba:

—Piedras sueltas en la fachada, humedades en la galería del gran salón, setas que brotan en los cuartos de la guardia, barbacana desvencijada...

Y así hasta caer la noche. Tras la cena, Arturo se caló una túnica fresquita, mientras que en invierno gustaba de su pijama calentito, su batín real y sus zapatillas de paño a cuadros. Tomó *La Bella Durmiente* y subió a la terraza junto a su real dormitorio. Se dejó caer en la butaca dispuesto a leer a la luz

de un farolillo, hasta que le venciera el sueño. La brisa soplaba, los grillos afinaban sus violines, y una densa enredadera de galanes de noche embriagaba el merecido descanso de su alteza. Bajo la luz de las estrellas consiguió Arturo recobrar la paz perdida.

Y acababa de recuperarla justo cuando alguien, con no demasiada delicadeza, vino a aporrear la puerta de acceso a la terraza.

—Muy bueeeeeenas... —balbució Dindondel asomando los cascabeles del gorro.

—¿Tú? Bufón de tres al cuarto...

—Ya... ya que nuestra reina organiza obras en palacio, me preguntaba si sería posible que los albañiles dieran un repaso a mi cuarto: que ajustasen las ventanas... y que sustituyeran los vidrios, para que el viento no campe a sus anchas...

—Dalo por hecho, enano saltarín.

—Y..., ya puestos, a ver si hacen algo con las polillas que se están merendando las vigas. Y con las humedades, porque me crecen champiñones bajo la cama...

Dindondel salió corriendo y cerró la puerta justo cuando el rey hacía el gesto de tirarle a la cabeza *La Bella Durmiente*. Arturo suspiró hondo e intentó retomar su lectura. Pero no habían pasado ni diez minutos cuando escuchó cómo, de nuevo, volvían a golpear la puerta.

—¿Siiiiiiiiiiii? —gruñó.

—Permiso, alteza... Verás es que, bueno, a ver. Veamos...

—Merlín... al grano.

Y el mago fue al grano, rogando al rey que, ya puestos en faena, ordenara a los albañiles que pasaran por su torre cochambrosa, a fin de solventarle algunos desperfectos. Y cuando Arturo asintió sin pronunciar palabra, volvió a sonar la

puerta de la torre. Y... al otro lado aparecieron, modositos pero inoportunos, el cocinero jefe, el jefe de los jardineros, el mayordomo, el capitán de la guarnición, el encargado de las cuerdas y los corrales palaciegos, la primera dama de honor y hasta un tipo calvo, delgaducho y feo, con nariz aguileña y pinta de gárgola desprendida. A este último, Arturo no lo había visto antes en el palacio, pero sus rasgos le resultaban muy familiares.

—Buenas noches tenga su majestad... —dijeron todos al unísono—. Que como ha corrido la noticia de que sus majestades emprenden reformas en palacio, nos preguntábamos si sería posible apuntar un par de ideas al respecto...

—Faltaría más... —dijo Arturo con una sonrisa más falsa que un gato de yeso—. ¡Bienvenidos al festival de la albañilería!

Y el que más y el que menos, confiados en la generosidad de Su Majestad, fue exponiendo sus necesidades, y Arturo los escuchaba con pasmo antológico.

—¡Silencio todos! —exclamó el rey estupefacto—. Haced una lista con vuestras sugerencias y entregadla a Ginebra, es que yo mañana mismo voy a meterme monje...

En cuanto el personal de servicio se hubo ido, Arturo comenzó a sentir un dolor de cabeza majestuoso en tanto cavilaba sin freno. ¿Comenzarían al día siguiente las obras? ¿Cuánto tardarían los albañiles en completar las reformas? Una vez instalados los albañiles en el palacio..., ¿habría fuerza humana que consiguiera echarlos?

* * *

Pasó Arturo la noche del domingo al lunes, veintiséis de septiembre, entre pesadillas. En ellas se veía rodeado por pelotones de albañiles que reían con grandes bocazas y que

lucían pañuelos anudados a la cabeza, según acostumbran los que pertenecen a tan distinguido gremio. El rey se veía a sí mismo encaramado a un andamio, a las siete de la mañana, obligado a subir espuertas de mezcla, en tanto el maestro de obras le gritaba: «¡Majestad! ¡Que es para hoy!».

Arturo se despertó de golpe. Bueno, de un solo golpe, no. De muchos. Pues justo a la altura del cabecero de su cama, comenzaron a sentirse unos golpes que amenazaban con echar abajo el muro.

—¡Dios mío, ha llegado el fin del mundo! —gritó Arturo y saltó de la cama.

Bueno, quería decirse que se levantó como pudo, entre crujir de rodillas. Se calzó las pantuflas, se arregló el camión, se caló la corona y asomó la cabeza por uno de los ventanales.

—¡Buenos días majestad! —le saludó un albañil que andaba machacando el muro. Se encontraba colgado de un pintoresco columpio, y blandía contra la piedra una impresionante machota.

—¡Pero criatura de Dios! ¿Qué haces ahí colgado con tamaño utensilio del diablo?

—Las reformas, majestad.

—¡Buenos días, majestad! —gritó desde abajo Rigoberto Panoplia, el maestro de obras, sonriendo eufórico.

—Muy bien... —farfulló Arturo, descompuesto por el dulce despertar—. ¿Pero no podía haber empezado usted por la otra punta del palacio?

El maestro de obras ya no escuchaba al rey. Preso de su frenesí profesional, daba órdenes a los peones y barajaba grandes escuadras y compases de madera. También desplegabá grandes planos como de arquitecto.